

# 04

## CONTRIBUCIÓN DE LAS MUJERES A LA DECONSTRUCCIÓN DE LA MISOGINIA DEL DISCURSO CIENTÍFICO-MÉDICO DEL SIGLO XIX

Women's contribution to the deconstruction of XIX<sup>th</sup>-century scientific-medical discourse misogyny

PILAR IGLESIAS APARICIO

Investigadora independiente

Fecha de recepción: 9 de abril de 2020

Fecha de aceptación: 13 de septiembre de 2020

APARICIO IGLESIAS, Pilar (2020). «Contribución de las mujeres a la deconstrucción de la misoginia del discurso científico-médico del siglo XIX». *Filanderas. Revista Interdisciplinar de Estudios Feministas* (5), 63-80.

### RESUMEN

En las últimas cuatro décadas se han realizado numerosos estudios sobre el discurso científico-médico del siglo XIX relativo al cuerpo, la salud y la sexualidad de las mujeres, que las presentaba como seres débiles y enfermizos, dependientes de sus órganos sexuales y funciones fisiológicas, probando así su inferioridad *natural*. La búsqueda obsesiva de la relación entre cerebro y órganos sexuales femeninos y la influencia de la diferencia sexual en las funciones mentales reforzaron el rechazo al acceso de las mujeres a la educación superior. La secular imposibilidad de estas para acceder a las universidades y otras instituciones científicas contribuyó a que la voz del conocimiento científico-médico fuese predominantemente masculina. Pese a ello, el movimiento de mujeres del siglo XIX promovió su acceso al conocimiento y práctica profesional. Este trabajo recoge las aportaciones de algunas científicas, fundamentalmente las doctoras en Medicina Elizabeth Garrett y Mary Putnam a la deconstrucción del discurso misógino hegemónico.

63

### Palabras clave

Discurso científico-médico, siglo XIX, diferencia sexual, salud mental, neurosexismo.

### ABSTRACT

For the last four decades, a great number of studies have been published about the construction

of XIX<sup>th</sup> century scientific-medical discourse about women's bodies, health and sexuality, which presented women as weak and sick beings, dependent on their sexual organs and physiological functions, so proving their *natural* inferiority. The obsessive pursuit of the relationship between brain and female sexual organs and the sexual difference in mind functions reinforced the rejection to women's access to higher education. The impossibility of women to access universities and other scientific institutions, facilitated that the voice of scientific-medical knowledge was mostly male. However, the XIX<sup>th</sup> century women's movement promoted women's access to knowledge and professional practice. This paper shows some women scientists' contribution to the deconstruction of the misogynistic hegemonic discourse, mainly Elizabeth Garrett and Mary Putnam, MD.

### Keywords

Scientific-medical Discourse, XIX<sup>th</sup> Century, Sexual Difference, Mental Health, Neurosexism.

Existen numerosos estudios realizados desde una epistemología feminista, relativos a la construcción del discurso científico-médico del siglo XIX sobre el cuerpo y la sexualidad de las mujeres. Recorriendo los textos y conferencias de médicos y antropólogos, podríamos afirmar que unieron sus voces para probar la inferioridad de las mujeres, evitando así su incorporación a la educación y la práctica profesional, y que el poder de la ciencia fue invocado para mantenerlas en una posición social de subordinación y dependencia (Dally, 1991: 69). Ahora bien, otros estudios permiten reconocer la contribución de las voces críticas de algunos escasos varones y numerosas mujeres (Theriot, 1993: 2).

Este trabajo pretende visibilizar algunas de las aportaciones de médicas y científicas del siglo XIX, de Estados Unidos e Inglaterra, a la deconstrucción del discurso misógino respecto a la inferioridad mental de las mujeres basada en su fisiología y su incapacidad para acceder a estudios superiores.

Partimos de la visión de la ciencia como construcción social, establecida por Thomas Khun,<sup>1</sup> nunca ajena al contexto en que se desarrolla, ni a los actores sociales que transmiten su discurso. Ciencia y género<sup>2</sup> son socialmente contruidos, dentro de dinámicas de poder, y el pensamiento científico está profundamente influido por las creencias de género. La supuesta objetividad masculina aplicada al conocimiento científico y el sesgo androcéntrico de las investigaciones han sido ampliamente debatidos por diferentes autoras desde los años setenta, mostrando cómo los avances

## INTRODUCCIÓN

1. Físico y filósofo de la ciencia, autor de *La estructura de las Revoluciones Científicas* (*The Structure of Scientific Revolutions*, 1962).
2. Incluimos dos definiciones de género: «conjunto de cualidades biológicas, físicas, económicas, sociales, psicológicas, eróticas, políticas y culturales asignadas a los individuos según su sexo» (Lagarde, 1990) y «elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias percibidas entre los sexos y como una forma primaria de relaciones significantes de poder» (Sánchez, 2008: 66).
3. Doctor en Medicina por la Universidad de Pensilvania. Ejerció como otorrino y médico generalista. Profesor de Farmacología de la Universidad de Harvard desde 1855 a 1872. Su obra tuvo amplia difusión en Estados Unidos y repercusión en otros países.
4. Neurólogo, superintendente del psiquiátrico de Manchester, coeditor del *Journal of Mental Science*, miembro del Real Colegio de Médicos, profesor de Jurisprudencia Médica de la Universidad de Londres, figura clave en el desarrollo de una teoría evolucionista de la mente, y defensor de la maternidad, que consideraba *inferior al noble oficio de hacer nacer ideas*, como la función natural de la mujer. Maudsley publica las obras citadas en este trabajo en un periodo de reforma de la educación

científicos pueden utilizarse para apoyar prejuicios y actitudes que sustentan los sistemas de poder (Dally, 1991: 36).

Realizaremos un breve recorrido por el marco en que se desarrolla el discurso científico-médico del siglo XIX, y algunas de las principales posiciones defendidas, centrándonos en algunos médicos y antropólogos de Alemania, Estados Unidos, Francia y Reino Unido, cuyos posicionamientos se reprodujeron en otros países, incluida España (Sánchez, 2003). Analizamos la argumentación de los doctores Edward H. Clarke (1820-1877)<sup>3</sup> y Henry Maudsley (1835-1918)<sup>4</sup> contra el acceso de las mujeres a la educación superior, y nos detendremos sobre la deconstrucción de sus supuestos por las doctoras en Medicina Elizabeth Garrett (1836-1917)<sup>5</sup> y Mary Putnam (1842-1906).<sup>6</sup>

Estados Unidos y Reino Unido fueron pioneros en el acceso de las mujeres al estudio y práctica de la medicina, debido, sobre todo, a la creación de escuelas de medicina de mujeres (Iglesias, 2012). Ello permite que en la década de 1870 encontremos ya dos doctoras en Medicina que contribuyen a rebatir el discurso misógino hegemónico desde un punto de vista científico.

Tanto el discurso científico-médico hegemónico como las críticas al mismo se dieron también en otros países, incluida España,<sup>7</sup> como vemos en los estudios de Consuelo Flecha, Teresa Ortiz y Dolores Sánchez, entre otras.

Como recogieron en sus trabajos Barbara Ehrenreich, Deirdre English y Fox Keller, la Revolución Industrial y el desarrollo de la economía de mercado producen una separación radical entre ámbito social productivo y ámbito familiar reproductivo, con la consecuente pérdida de poder de las mujeres en campos que antes quedaban dentro de su competencia en el hogar. Los cambios del modelo económico aumentan la brecha social entre las mujeres pobres, que trabajan en condiciones de explotación en fábricas, minas, talleres textiles y servicio doméstico, cuando no se ven obligadas a la prostitución, y mujeres de una creciente clase media y alta, a las que se atribuye el rol idealizado de ángel del hogar como esposa y madre. La separación de esferas permite la coexistencia del competitivo mundo de la producción y el mercado, y el idealizado representado por la mujer burguesa y el hogar (Poovey, 1988: 10). La angustia ante el cambio de modelo económico y el lento pero firme movimiento de mujeres que comienza a cuestionar los roles de género en la segunda mitad del siglo XIX se intenta compensar afianzando la tradición sobre argumentos científicos (Smith-Rosenberg, 1973: 332-333).

en Inglaterra y de lucha de las mujeres por el acceso al estudio de la medicina (Iglesias, 2012 y 2018). La influencia del pensamiento anglosajón en otros países, incluida España, hace relevante el análisis crítico de ambos autores.

5. Primera licenciada en Medicina por la Sociedad de Boticarios de Londres en 1865 y primera doctora en Medicina por la Sorbona en 1870. Segunda mujer incluida en el Registro Médico de Londres en 1866 (la primera fue la estadounidense Elisabeth Blackwell en 1859). Fundadora del Nuevo Hospital para Mujeres de Londres en 1872. Cofundadora de la Escuela de Medicina de Mujeres de Londres en 1874, profesora de la misma desde 1874 a 1898 y decana de 1883 a 1902. (Iglesias, 2012: 269-299; 2018: 103-115).

6. Graduada en Medicina por la Facultad de Medicina de Mujeres de Filadelfia en 1864. Segunda doctora en Medicina por la Sorbona en 1871. Profesora de la Escuela de Medicina de Mujeres y la Escuela de Posgrado de Medicina de Nueva York. Primera mujer admitida en la Academia de Medicina de Nueva York en 1880. Fundadora de la Asociación para el Avance de la Educación Médica de las Mujeres. Publicó más de ciento veinte artículos y nueve libros.

7. Por defensoras de derechos de las mujeres como Concepción Arenal, Emilia Pardo-Bazán o Bertha Wilhelmi, y la primera doctora en Medicina, Dolores Aleu, en las décadas de 1880 y 1890.

65

## FUNDAMENTOS DEL DISCURSO CIENTÍFICO-MÉDICO SOBRE EL CUERPO Y LA SALUD DE LAS MUJERES EN EL SIGLO XIX

La visión mecanicista del mundo se extiende a la comprensión del ser humano. Aplicando la teoría de la conservación de la energía al funcionamiento del cuerpo humano, se insiste en el riesgo para la salud de la pérdida de energía a través del fluido seminal en el caso de los hombres, y la imposibilidad de realizar trabajo intelectual y mantener las funciones fisiológicas ligadas a la reproducción, en las mujeres (Dally, 1991: 39; Russett, 1995: 116-123).

Se hereda de la Ilustración el positivismo junto con la creencia en el crecimiento acumulativo del poder material, intelectual y espiritual. La religión y la filosofía son desterradas por el saber científico, que permitirá el control de la naturaleza a fin de mejorar las condiciones de la vida humana (ibídem: 35), siendo los hechos empíricos la única base del conocimiento, y la racionalidad científica la única solución a los problemas de la humanidad. Se desarrollan teorías científicas vinculadas con ideas filosóficas, tales como la antropología y el evolucionismo.

En antropología, se diferencian dos escuelas: la etnológica, monogenista, que defiende la existencia de una única especie humana y basa las diferencias de los grupos humanos en el ambiente y la cultura; y la antropología física,<sup>8</sup> poligenista, basada en la construcción del concepto de *razas*,<sup>9</sup> que pretende demostrar científicamente la inferioridad de ciertos grupos humanos, entre ellos las mujeres, de acuerdo con sus características físicas. Ello permite dar una explicación *natural* a las desigualdades, justificando el clasismo, el racismo y el sexismo. Dos teorías<sup>10</sup> y sus correspondientes técnicas prestan apoyo a la antropología física: la frenología<sup>11</sup> (relación entre conformación craneal, comportamiento y facultades mentales), primero, y la craneología (serie de técnicas para medir todos los ángulos y dimensiones posibles del cráneo), más adelante.

La frenología confirmaba la diferencia entre los sexos, pero reconocía la posibilidad de desarrollo de las capacidades y el derecho de las mujeres a desempeñar algunas actividades en el ámbito público de acuerdo con sus facultades, lo que llevó a que algunas feministas británicas en la primera mitad del siglo XIX la consideraran un apoyo a sus reivindicaciones. Heredera de la frenología, la craneología floreció a partir de 1860, partiendo del convencimiento de que el tamaño del cerebro reflejaba la mente y las características del individuo. El cerebro se consideraba ahora una unidad funcional, por tanto, su medida global, a través del cráneo, podía tomarse como medida de la capacidad mental, resultando un instrumento muy útil para realizar comparaciones no de individuos aislados sino de grupos raciales. Paul Broca, principal representante de la craneología, afirmó el diferente nivel de capacidad de distintos grupos humanos, incluidas las mujeres, para alcanzar la perfección, que quedaba reservada para los varones blancos. Centró gran parte de su trabajo en la diferencia entre mujeres y hombres, considerando que cualquier cambio en el orden sexual y social del siglo XIX provocaría un cambio en la

8. Destacan, entre otros: en Francia, Arthur de Gobineau (1816-1880), autor de un ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas y Paul Broca (1824- 880) fundador de la Sociedad Antropológica de París en 1859, la *Revue d'Anthropologie* en 1872, y la Escuela de Antropología de París en 1876, autor en 1875 de un estudio con instrucciones precisas sobre craneometría y craneología. En Inglaterra, James Hunt (1833-1869); en Estados Unidos, Samuel George Morton (1799-1851), Josiah Nott.

9. Siguiendo la clasificación en cinco razas de Johann Friedrich Blumenbach (1752-1840), que modifica la de Carlos Linneo (1707-1778).

10. Basadas en que la mente reside en el cerebro y el cráneo refleja su forma y tamaño (Calvo, 2016; Iglesias, 2018; Groneman, 1994; Moscucci, 1990; Russett, 1995).

11. Desarrollada y difundida por los doctores de la Universidad de Viena Franz Joseph Gall (1758-1828) y su discípulo Johan Gaspar Spurzheim (1776-1832), con seguidores en Francia, como François-Joseph Victor Broussais (1772-1838), fundador de la Sociedad Frenológica de París en 1831; Estados Unidos como los hermanos Orson (1809-1887) y Lorenzo Fowler (1811-1896) y la esposa de este, la médica Lydia Folger Fowler (1823-18790), y otros países.

evolución de las *razas*, por lo que los antropólogos debían estudiar cuidadosamente la condición de las mujeres en la sociedad (probablemente para mantener el orden establecido y evitar que consiguiesen sus reivindicaciones).<sup>12</sup> Tanto Broca como otros seguidores de la craneología coincidían en que los cerebros de los hombres eran aproximadamente un diez por ciento más grandes y pesados que los de las mujeres, prueba de su mayor capacidad mental, e insistían en la afinidad entre niños, mujeres y pueblos primitivos. Carl Vogt (1817-1895)<sup>13</sup> manifestó que los cráneos de hombres y mujeres diferían tanto que podía considerarse que pertenecían a especies diferentes, y el antropólogo inglés James McGrigor Allan (1827-1916) afirmaba la analogía entre los cerebros de las mujeres y los de los animales.<sup>14</sup>

El evolucionismo contribuyó asimismo a la discusión acerca de la inferioridad biológica de la mujer (Moscucci, 1990: 21-23; Russett, 1995: 40-44). La inseguridad creada en la mente de los intelectuales (hombres blancos de clase media alta) por la teoría de la evolución se salva buscando la confirmación científica de que existe un lugar en la escala evolutiva ocupado por los grupos considerados inferiores: *salvajes*, pobres, enfermos mentales y mujeres. Se intensifica la preocupación por clasificar a los seres humanos y probar científicamente los fundamentos de tal clasificación. La creencia en el predominio de la herencia sobre la influencia del ambiente y los condicionamientos culturales y sociales, refuerza la visión determinista. Las explicaciones basadas en la anatomía y fisiología vienen a constituir el fundamento de las diferencias de carácter, clase, *raza* y género, naturalizando la posición de desigualdad en la jerarquía social (Morantz-Sánchez, 1985: 205).

Inspirado en Darwin, Ernst Haeckel (1834-1919)<sup>15</sup> desarrolló la teoría de la recapitulación, que defiende que cada organismo individual (ontogénesis) replica en su desarrollo el proceso de evolución de la especie (filogénesis). Granville Stanley Hall (1844-1924)<sup>16</sup> y sus discípulos, basados en esta teoría, establecen también la relación entre *salvajes*, niños y mujeres, consideradas adolescentes y salvajes perpetuas, reproductoras y transmisoras de los rasgos de la especie humana a nivel filogenético y ontogenético (Russett, 1995: 57). Hall, representante de las tendencias paternalistas hacia la mujer, proponía una educación que tuviera en cuenta estas características *naturales* y la función primordial de la maternidad (ibídem: 61). Thomas Bendyshe (1776-1832),<sup>17</sup> señaló que las mujeres eran en algunos aspectos tan inferiores respecto al hombre como los negros respecto a los europeos. Otros autores<sup>18</sup> continuarán reforzando esta visión misógina y racista.

El siglo XIX está también marcado por factores que produjeron cambios importantes en la medicina: prevalencia de la observación y experimentación; tendencia a la especialización; desarrollo de la cirugía, sobre todo abdominal y ginecológica, favorecido por los descubrimientos relacionados con la anestesia y la asepsia; aumento de la valoración social de doctores

12. Broca acumuló más información sobre las diferencias entre cerebros de hombres y mujeres que sobre cualquier otra clasificación de grupos humanos.

13. Profesor de Historia Natural en la Universidad de Ginebra. Autor de «Conferencias sobre el Hombre. Su lugar en la creación y en la historia de la tierra» («Lectures on Man. His place in creation, and in the history of the earth», *The Anthropological Review*, 1864).

14. «Sobre las diferencias reales en las mentes de hombres y mujeres» («On the real differences in the minds of men and women», *Journal of the Anthropological Society of London*, 1869).

15. Zoólogo alemán, divulgador de la teoría de la evolución de Darwin.

16. Primer Doctor en Psicología de EEUU en 1878. Profesor de la Universidad John Hopkins y fundador, en 1887, de la Asociación Americana de Psicología.

17. Antropólogo inglés, autor de una traducción de la obra de Blumenbach para la Sociedad Antropológica de Londres.

18. Entre otros: Cesare Lombroso: *La delincuente, la prostituta y la mujer normal (La donna delinquente, la prostituta e la donna normale*, 1895); P.J. Moebius: *La inferioridad mental de la mujer (Über den physiologischen Schwachsinn des Weibes*, 1900); Roberto Novoa Santos (1885-1933): *La indigencia espiritual del género femenino*, 1908.

y cirujanos, unido al crecimiento de una clase media con capacidad económica para afrontar sus emolumentos. La ginecología se desarrolla como especialidad médica a lo largo del siglo y son numerosísimas las obras sobre enfermedades y tratamientos relacionados con los órganos sexuales de las mujeres (Moscucci, 1990). La preocupación eugenésica se acentúa, justificándose la castración de las mujeres que se consideran enfermas mentales por no ajustarse al modelo de feminidad.

A partir de finales del siglo XVIII, los anatomistas buscan ya la diferencia sexual en todo el organismo, no únicamente en los órganos sexuales (Schiebinger, 2004: 276), lo que queda reflejado incluso en modelos anatómicos de esqueletos (ídem).<sup>19</sup> Se afianza la teoría de la complementariedad de los sexos y el discurso se centra en la definición de *la mujer*, no existiendo un discurso similar de la construcción *del hombre*, evidencia de la mirada androcéntrica que considera al varón modelo de lo humano. Junto con el desconocimiento de la fisiología de las mujeres se mantiene el miedo ancestral a su deseo sexual desmedido, que justificará el diagnóstico y el tratamiento contra la ninfomanía y la masturbación, insistiendo en los daños que esta, denominada *excitación periférica*, podía causar en el sistema nervioso. Contradictoriamente, se defiende también la idea de la mujer como ser asexual, propuesta entre otros por William Acton (1813-1875).<sup>20</sup>

La ginecología refrenda la concepción de la mujer dominada por sus órganos reproductivos, fundamentalmente los ovarios.<sup>21</sup> El sistema nervioso femenino es débil e irritable, tendente a la sobreestimulación y consecuente agotamiento (Smith-Rosenberg, 1973: 334) lo que lleva a atribuir las enfermedades mentales al mal funcionamiento de los órganos sexuales. La clorosis, la histeria, específicamente femenina (Showalter, 1985), la neurastenia (también diagnosticada a varones) y la ninfomanía son tratadas con intervenciones que incluirán la ovariectomía o extirpación de ovarios sanos y la clitoridectomía.<sup>22</sup> Ante la dificultad de conocimiento de la mente humana, se recurre a buscar respuestas en el funcionamiento biológico y la diferencia sexual.

La menstruación es objeto de especial atención. Se mantiene la concepción griega de la menstruación como eliminación de residuos superfluos o limpieza del organismo, llegando a creer que, en caso de producirse amenorrea, se originarían hemorragias vicarias en otros órganos, como nariz o encías, e incluso que el flujo menstrual que no es expulsado al exterior puede dirigirse al cerebro causando daños irreparables. La menarquia es considerada un período de riesgo de aparición de enfermedades físicas y mentales y la menstruación en sí misma una ocasión de enfermedad e inestabilidad emocional. El ginecólogo A. O. Kellogg (1828-1888)<sup>23</sup> afirmaba que durante el periodo menstrual se reduce la capacidad mental y el control emocional de las mujeres, y George Man Burrows (1771-1846)<sup>24</sup> que cualquier trastorno menstrual provoca una forma equivalente de trastorno mental. Ignoraban,

19. La anatomista Mary Thiroux d'Arconville dirigió el dibujo de un esqueleto femenino para ilustrar su traducción al francés de la obra de Alexander Monro, profesor de anatomía de Edimburgo, primero en tratar sobre la constitución de los huesos de la mujer.

20. Cirujano, autor de *Un Tratado Práctico sobre la Enfermedades de los Órganos Urinarios y Generativos en Ambos Sexos (A Practical Treatise on Diseases of the Urinary and Generative Organs in Both Sexes*. 1860 (3.ª edic.).

21. Modificando la frase de Van Helmont del siglo XVIII: «*Propter solum uterum mulier est id quod est*» («Solo por el útero la mujer es lo que es»), el médico francés Achille Chereau (1817-1885) afirmaba en 1844 que «*Propter solum ovarium mulier est id quod est*» («Solo por sus ovarios la mujer es lo que es») (Moscucci, 1990: 34).

22. Prácticas que merecen un estudio específico. Ver información en la bibliografía en: Calvo, Dally, Groneman, Iglesias, Morantz-Sánchez, Moscucci, Russet, Sheehan y Tuana.

23. Artículo publicado en *American Journal of Insanity*.

24. Médico inglés, autor de *Comentarios sobre las Causas, Formas, Síntomas y Tratamiento, Moral y Médico de la Locura (Commentaries on the Causes, Forms, Symptoms, and Treatment, Moral and Medical, of Insanity*, 1828).

sin embargo, aquellos factores reales que pueden causar malestar y enfermedad en las mujeres pobres, tales como malnutrición, daños en el parto, infecciones posparto, fistulas, tuberculosis, etc., y otros de origen psicosomático relacionados con el propio discurso de construcción de la feminidad, el vestido, la alimentación y la forma de vida.

Es evidente la profunda relación entre ideología e investigación científica: científicos y médicos del siglo XIX están lógicamente condicionados por los conocimientos y creencias de su época, pero, además, en muchos casos, sus investigaciones respecto a las mujeres y otros grupos sociales considerados inferiores no cumplen algunos o ninguno de los requisitos exigidos en la época a las investigaciones científicas, fundamentalmente el escepticismo y el conocimiento objetivo, no contaminado por emociones, prejuicios e intereses personales. La vida de las mujeres pasa a estar controlada por el saber científico-médico en vez del religioso y la oposición a la demanda de derechos de las mujeres se afianza en argumentos científicos.

Podemos concluir, pues, que según la medicina del siglo XIX, la mujer, definida y limitada por sus órganos y funciones sexuales, es un ser enfermo o al borde de la enfermedad, tanto física como psíquica. Los trastornos y el malestar psicológico de las mujeres quedan explicados sin cuestionar en ningún caso la forma de vida hartamente desequilibrante que se les impone.

Además, es preciso recordar la dificultad de la incorporación de las voces de mujeres en la construcción del discurso científico-médico hasta avanzada la segunda mitad del siglo XIX, dada su imposibilidad de acceso a la universidad y otras instituciones científicas, culturales y profesionales. Los debates científicos no dejan de ser debates de varones sobre el cuerpo, la salud, la sexualidad, *el honor* y *el pudor* de las mujeres, en los que estas no tienen palabra alguna. Por otra parte, las mujeres, por su propia socialización, estaban también profundamente condicionadas por las creencias de la época. Así, encontramos textos de autoras que defienden los mismos principios que los varones, e incluso en aquellas que los contestan y deconstruyen, no dejaremos de observar rasgos clasistas o racistas, al igual que hoy planteamos la necesidad de advertir los sesgos patriarcales, clasistas y racistas que pueden aparecer en nuestros propios pensamientos y comportamientos, aunque optemos por una posición epistemológica y política feminista.

Los argumentos expuestos en el capítulo anterior constituyen el fundamento *científico* construido por antropólogos y médicos para oponerse al acceso de las mujeres a la educación media y superior y el ejercicio profesional en la segunda mitad del siglo XIX, pues ello podría suponer que se convirtiesen en seres asexuados (Tuana, 1993: 164) perdiendo la capacidad

## SEXO EN LA MENTE Y EDUCACIÓN

*La fisiología como coartada  
para impedir el acceso  
de las mujeres a la educación  
superior*

reproductora y produciendo la ruina de la *raza*. Estos argumentos fueron ampliamente contestados como veremos en este apartado.

En 1872, Edward Clarke pronunció, en el Club de Mujeres de Nueva Inglaterra de Boston, una conferencia sobre sexo y educación, cuyo contenido ampliado publicó bajo el título *Sexo en la Educación o Una Oportunidad Justa para las Jóvenes (Sex in Education or A Fair Chance for Girls, 1873)*.<sup>25</sup> Comenzaba afirmando que el bien y el mal son iguales para ambos sexos y que hombres y mujeres tienen la obligación moral de alcanzar el máximo desarrollo de su masculinidad y feminidad. La mujer tiene derecho a hacer todo lo que pueda, pero se deriva de su fisiología la imposibilidad de realizar los mismos estudios que los hombres y mantener al tiempo «un buen estado de salud y un futuro libre de neuralgia, enfermedad uterina, histeria y otros trastornos del sistema nervioso, si sigue los mismos métodos que los muchachos» (Clarke, 1873: 18). En una aparente negación de la inferioridad de las mujeres, afirma no existir diferencia en la capacidad mental, pero sí en la forma de vida recomendable para cada sexo. Insiste exageradamente en la mala salud de las mujeres estadounidenses que sufren numerosas enfermedades ginecológicas, provocadas indirectamente por la forma de comer y de vestir, y directamente por un sistema educativo que ignora las necesidades de su organización fisiológica (ibídem: 23). Si la joven dedica su energía a la actividad mental cuando la requiere para el desarrollo de su sistema reproductivo, este quedará dañado para siempre, lo que apoya con algunos casos atendidos en su práctica médica y referencias a otros doctores, incluida la obra *Cuerpo y Mente (Body and Mind, 1870)* de Maudsley. Consecuentemente, desaconseja las escuelas mixtas y propone un sistema educativo para las chicas, con menor número de horas de estudio diarias y descansos de uno o varios días para cada alumna en la semana de su periodo menstrual, todo ello adaptado a lo que denomina el «sistema periódico» de las mujeres *versus* el «sistema persistente» de los hombres en el estudio y el trabajo.

Henry Maudsley, a raíz del trabajo de Clarke, publicó en abril de 1874, un artículo titulado «Sexo en la Mente y la Educación» («Sex in Mind and Education»).<sup>26</sup> Comienza criticando a quienes defienden el derecho de las mujeres al acceso a la educación superior ignorando las diferencias entre los sexos, ya que no debe someterse a las mujeres a un sistema de exigencia intelectual diseñado para los hombres, sin considerar los serios daños que pueda provocar a su salud y su fuerza. La energía dedicada al estudio afectará a la función reproductora, destino ineludible del que las mujeres no pueden escapar, aunque elijan no ser madres. La diferencia sexual afecta al cerebro, «hay sexo en el cerebro al igual que hay sexo en el cuerpo» (ibídem: 469). La reconocida existencia de mujeres que alcanzan un alto nivel de capacidad mental no niega, en su opinión, la íntima relación entre sexo y mente, e incluso entre órganos concretos y emociones específicas de la mente (idem).

25. Alcanzó tal éxito que al mes siguiente se publicó la segunda edición.

26. *The Fortnightly Review*, vol. 15, 1874: 466-483

La influencia de los órganos reproductores sobre la mente, que operan «una completa revolución mental cuando entran en actividad» (ibídem: 470), es diferente para mujeres y hombres, reflejando la diferencia de los respectivos órganos y funciones. La diferencia sexual afecta a las capacidades mentales y condiciona la posibilidad de las mujeres de acceder a la educación. El autor desprecia directamente las críticas a la situación social de las mujeres, incluida la obra de John Stuart Mill,<sup>27</sup> con argumentos que siguen resonando actualmente cuando se culpabiliza a las mujeres acusándolas de consentir con la explotación o violencia ejercida contra ellas: «Con seguridad, si ha sido una esclava, ha sido una esclava contenta con su cautiverio» (ibídem: 479). Insiste en los peligros de la inhibición de la menstruación y los daños para la salud de una excesiva aplicación mental al estilo americano, y termina su artículo propugnando, como Clarke, un sistema de educación específico para las chicas que tenga en cuenta su destino como reproductoras.

27. *The Subjection of Women*. Londres: 1869. Editado en España en la década de 1890 como *La Esclavitud Femenina*, traducción y prólogo de Emilia Pardo Bazán.

### **La deconstrucción del discurso por parte de las mujeres**

Clarke critica repetidamente las afirmaciones de Gail Hamilton,<sup>28</sup> autora de *Los Errores de las Mujeres* (*Woman's Wrongs*, 1868). Con un estilo que incorpora ironía y sentido del humor, la autora rebatía los argumentos del sacerdote Dr. Todd en sus artículos «Derechos de las Mujeres» («Women rights»), publicados en un periódico religioso de Nueva Inglaterra, y posteriormente como libro, donde afirmaba la imposibilidad de la igualdad y la incapacidad de las mujeres para el trabajo intelectual prolongado. Destaca Hamilton cómo Todd pretende salvar a las mujeres de los daños del trabajo intelectual, pero no de ninguna de las situaciones que absorben su energía, como los oficios peor remunerados o el trabajo doméstico ininterrumpido (Hamilton, 1868: 21). Realiza una profunda crítica a la falacia y falta de argumentación científica, que afectará también a los trabajos de Clarke y Maudsley, entre otros. Ante el argumento de la misión de la mujer como *educadora de la raza*, plantea la importancia de la corresponsabilidad de madre y padre en la educación (ibídem: 26). Cuestiona que todos los hogares sean fuentes de felicidad y todos los hombres rindan a sus madres y esposas la adoración que Todd supone (ibídem: 28). Ante el argumento de la dificultad de compaginar las responsabilidades de esposa y madre y las exigencias laborales, recuerda la realidad de las duras tareas que realizan cada día las esposas y madres (ibídem: 31). Respecto a la educación, define las condiciones necesarias para que una joven tenga una vida sana:

Permitamos que una chica tenga una constitución fuerte, un cuerpo vigoroso, una mente sana, dejemos que aprenda a trabajar, a jugar, a estudiar, en vez de perder el tiempo; que tome aire fresco, comida sana, que duerma lo suficiente, que haga ejercicio al aire libre y se vista

28. Seudónimo de Mary Abigail Dodge (1833–1896), escritora estadounidense. Defensora del derecho de las mujeres a la educación.

de forma saludable, todo lo cual es compatible con un amplio trabajo intelectual, y no tendrá que temer nada de lo que las universidades o los colegios femeninos puedan ofrecerle (ibídem: 58-59).<sup>29</sup>

En 1874, los argumentos de Clarke contra el acceso de las mujeres a la educación fueron rebatidos en varios libros escritos por mujeres: *La Educación y la Salud de la Mujer: Fundamentalmente en Respuesta a «El Sexo en la Educación»* (*Woman's Education and Woman's Health: Chiefly in Reply to «Sex in Education»*), de Anna Manning y Georges Comfort, en el que critican a Clarke por generalizar, sin realizar estudios comparativos de salud entre mujeres con y sin estudios. Y dos antologías: *Sexo y Educación. Una Respuesta a «Sexo en la Educación» del Dr. E.H. Clarke* (*Sex and Education. A Reply to Dr. E. H. Clarke's «Sex in Education»*), compuesto por trece artículos y cinco textos sobre los colegios Vassar, Antioch, Oberlin y las universidades de Michigan y Lombard, editada por Julia Ward (1819-1910),<sup>30</sup> autora de la introducción y el primer capítulo. Ward hace una acertada crítica al estilo del trabajo de Clarke por carecer de imparcialidad científica y de las características que permitirían considerarlo una obra filosófica o moral, considerándolo «una obra polémica, que presenta un alegato persistente y apasionado contra la admisión de mujeres a la educación superior junto con los hombres» (Ward, 1874: 14). La otra antología, *La Educación de las Jóvenes Americanas Considerada en una serie de Ensayos* (*The Education of American Girls Considered in a Series of Essays*), editada por Anna Callender Brackett (1836-1911),<sup>31</sup> consiste en catorce ensayos de diferentes autoras. Nos centramos en ella por el carácter científico del trabajo de Mary Putnam, «Acción Mental y Salud Física» («Mental Action and Physical Health»), en el que reforzaba con conocimientos de anatomía y fisiología los argumentos morales del resto de los artículos. Reconoce la profunda interrelación entre mente y cuerpo (Putnam, 1874: 259), pero critica que se apele una y otra vez a lo largo de la historia a las funciones fisiológicas femeninas para justificar «todas las teorías sobre la naturaleza de las mujeres, es decir, todas las teorías de la organización de la sociedad» (ibídem: 260). Sugiriendo la influencia que las ideas preconcebidas puedan tener en Clarke, se centra en rebatir sus afirmaciones. Considera que el autor exagera la debilidad y necesidad de descanso de las jóvenes durante el periodo menstrual, apelando al estudio realizado por ella con veinte mujeres de entre dieciocho y treinta años. Proporciona información detallada sobre aquellas que sufrieron algún trastorno relacionado con la menstruación (ibídem: 264), concluyendo que la proporción es de aproximadamente una sexta parte, y que en ningún caso el periodo de molestias sobrepasa las cuarenta y ocho horas (ibídem: 265). En cuanto a los problemas de hemorragia o amenorrea, atribuye las causas a la vida sedentaria, a situaciones de intenso trastorno emocional (ibídem: 267), a enfermedades tales como anemia, reumatismo

29. Todas las citas son traducciones de la autora.

30. Escritora, sufragista y abolicionista. Primera mujer elegida para la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras.

31. Profesora y traductora, graduada por la Escuela de Pedagogía de Framingham (Massachusetts). En 1875, fundó la Escuela Brackett para Chicas de Nueva York.

o malaria, y a predisposición hereditaria (ibídem: 296), argumento que desarrolla ampliamente. En cuanto a la imposibilidad de realizar bien las funciones de dos sistemas, fisiológicas e intelectuales, Putnam realiza una detallada explicación descriptiva del sistema nervioso humano, en la que concluye que si, según lo afirmado por Clarke y otros autores, fuera cierta la completa subordinación del cerebro a los instintos en la mujer,

quizás la hubieran reducido inconscientemente al nivel anatómico de los crustáceos; así, quienes como el Dr. Clarke insisten en la incompatibilidad entre la acción cerebral y la actividad refleja en las mujeres, las convierten en seres inferiores fisiológicamente a los animales o individuos en que tal incompatibilidad no existe (ibídem: 273).

La influencia en el cerebro de la actividad nerviosa relacionada con los órganos sexuales únicamente debería estudiarse en animales inferiores, o en fenómenos raramente observados en seres humanos y nunca considerarse una peculiaridad de las hembras de la raza humana (Putnam, 1874: 285). Acusa a Clarke de no probar empíricamente sus afirmaciones, algo que se repite en las obras de otros autores (Bittel 2012: 213). Frente a la ausencia de evidencias científicas en el trabajo de Clarke, Putnam ofrece amplias explicaciones basadas en conocimientos de anatomía y fisiología. Dedicó más de cuatro páginas a la posible interrelación entre excitación de las emociones, trastornos del sistema nervioso y trabajo intelectual, detallando la diferencia entre los efectos corporales del cansancio provocado por el estudio y el provocado por una profunda emoción (ibídem: 291). Concluye que la inferioridad intelectual de las mujeres depende de la cultura y condiciones de vida y no del tamaño craneal (ibídem: 300), y propone una educación intelectual más completa para chicas y chicos, extendida durante un periodo amplio de años, que incluya el ejercicio físico y entre cuatro y seis horas diarias de trabajo intelectual (ibídem: 301), separada por sexos durante la adolescencia *por razones morales*, y mixta a partir de los dieciocho años, permitiendo el acceso de las mujeres a la educación universitaria junto con los varones (ibídem: 302-304).

Es patente la diferencia entre ambos trabajos, en cuanto a organización del discurso y contenidos de carácter científico, máximo teniendo en cuenta que Clarke tenía amplia experiencia profesional y había sido profesor de Harvard durante diecisiete años, y Putnam había obtenido su doctorado apenas tres años antes. Clarke, como varón, puede no juzgar necesario probar con argumentos científicos sólidos sus aseveraciones, pues disfruta sobradamente de la autoridad que la estructura social le garantiza, mientras que Putnam muestra el esfuerzo por probar el carácter científico de su obra, como mujer que se ha incorporado al universo científico-médico superando innumerables dificultades.

En 1876, la Facultad de Medicina de Harvard convocó su premio anual *Boylston*, con el tema: «¿Necesitan las mujeres descanso físico y mental durante la menstruación, y en qué medida?». No era casual la elección de esta cuestión, pues algunos doctores eran conscientes de la baja calidad del trabajo de Clarke y consideraban conveniente contar con otras contribuciones científicas. Animada por otras defensoras de derechos de las mujeres de Boston, Putnam presentó, de forma anónima según las normas, y firmado con el seudónimo de «Vertías poemate verior» un ensayo titulado *La Cuestión del Descanso para las Mujeres durante la Menstruación (The Question of Rest for Women During Menstruation)*. El comité, formado por profesores de la facultad, le otorgó el premio por la alta calidad de su trabajo. Al año siguiente fue publicado como libro en un volumen de doscientas 82 páginas. Además del interés científico, estaba en juego la incidencia política a favor de la admisión de las mujeres en las universidades.

74

En este estudio, Putnam proporcionaba datos estadísticos en los que basar sus argumentos sobre la salud de las mujeres, la fisiología femenina y la menstruación. El cuestionario diseñado por ella fue respondido por 268 participantes de diferente formación académica y distintas ocupaciones, incluidas profesoras, médicas, obreras y trabajadoras del servicio doméstico (Bittel, 2012: 221). 35 % de las participantes no habían sufrido nunca dolores menstruales. Del resto, dos tercios tenían problemas hereditarios o enfermedades físicas que les causaban debilidad o trastornos ginecológicos. Basándose en los resultados del estudio, Putnam deducía que la falta de trastornos menstruales no se basaba en el descanso, sino, por el contrario, «en una infancia sana, una historia familiar libre de trastornos, el matrimonio a una edad adecuada, una ocupación estable, ejercicio durante la vida escolar y la amplitud y extensión de la educación intelectual» (idem). Y concluía que «no puede considerarse que el reposo durante la menstruación ejerza influencia alguna en la prevención del dolor, ya que, en los casos en que no existe dolor, apenas fue tomado descanso» (idem). El reposo únicamente podría ser recomendable en el caso de dolor extremo o de trabajos extremadamente duros. En otros casos, podría resultar contraproducente. Incluso indicaba que el periodo menstrual podía representar un tiempo de intensa vitalidad y energía mental para las mujeres (ibídem: 222). Otra aportación era la reconceptualización de la menstruación en humanas como un proceso nutricional y no sexual, rechazando las teorías de la época que asociaban calor, menstruación y ovulación (ibídem: 226).

Putnam continuó estudiando la menstruación y las enfermedades relacionadas con el sistema reproductivo femenino durante los años setenta y ochenta, utilizando sus descubrimientos para apoyar la incorporación de las mujeres a la educación superior y el ejercicio profesional. Asimismo, se implicó desde mediados de los años ochenta en la investigación neurológica,

defendiendo la necesidad de la actividad física y mental para la salud de las mujeres. En los noventa, se centró en el estudio de la diferencia sexual y, a través del tratamiento de una persona intersexo, intentó probar la gran similitud física entre mujeres y hombres, validando desde el punto de vista científico-médico el derecho de las mujeres a desempeñar los mismos papeles que los hombres en la sociedad (ibídem: 202).

Otras médicas negaron asimismo la influencia de la diferencia sexual en la constitución orgánica de las mujeres. Marie Zakrzewska (1829-1902),<sup>32</sup> trató de reconceptualizar el útero como relacionado con los intestinos. Desde diferentes puntos de vista, Putnam y Zakrzewska trataron de deconstruir la visión reduccionista de la mujer y el argumento de que el sexo fuera un obstáculo para el estudio y práctica de la ciencia. Aunque los órganos reproductivos pudieran enfermarse, no determinaban la salud ni el destino de las mujeres (ibídem: 208).

En 1881, Emily y Augusta Pope, graduadas por la Escuela de Medicina de Mujeres de Nueva Inglaterra, y Emma Coll, una de las primeras alumnas de la Escuela de Medicina de la Universidad de Michigan, publicaron los resultados de una encuesta aplicada a 430 profesionales de la medicina, realizada bajo el patrocinio de la Asociación Americana de Ciencia Social, mostrando que las participantes gozaban de mejor estado de salud que la media de la población femenina. (Morantz-Sánchez, 1895: 55).

Elizabeth Garrett publicó, en el número de mayo de 1874 de la *Fortnightly Review* (el siguiente al que había publicado el texto de Maudsley), un artículo titulado «Sexo en la mente y la educación: una respuesta» («Sex in Mind and Education: A Reply»). Considera Garrett que Maudsley no aporta en su artículo pruebas fiables de que el sistema de estudio y exámenes seguido por los muchachos pueda dañar la salud de las jóvenes. A continuación plantea la cuestión de cuáles son las exigencias que la fisiología impone a las mujeres. En primer lugar, en las personas sanas, «sus procesos fisiológicos se realizan mejor y con menores problemas si no se les presta atención. ¿Constituyen las mujeres una excepción a esta regla?» (Garrett, 1874: 585). Afirma que la mayoría de las mujeres adultas continúa con su actividad normal durante el periodo menstrual, poniendo el ejemplo de las empleadas de trabajo doméstico, a quienes se asignan las mismas tareas, sin considerar que ello pueda dañar su salud. Según Garrett, el número de mujeres en quienes los trastornos provocados por la menstruación interfieren seriamente con su actividad normal es muy reducido, siendo la norma general que la mayoría de las mujeres sanas apenas experimenten, en ocasiones aisladas, un ligero malestar. Como hemos visto, esta será la misma conclusión obtenida por Putnam en su estudio estadístico. Señala asimismo, al igual que Putnam, la mayor capacidad creativa e intelectual experimentada por algunas mujeres durante la menstruación.

32. Médica de origen polaco. Tras formarse como comadrona en Berlín, se graduó en Medicina en la *Western Reserve University*. Colaboró con Elizabeth Blackwell en la fundación del Hospital de Mujeres y Niños de Nueva York en 1857, y en 1862 fundó el Hospital de Mujeres de Nueva Inglaterra.

Respecto al trabajo mental muchas mujeres experimentan que, aquello de lo que el Dr. Maudsley habla como una ocasión de debilidad, si no de postración temporal, no es sentido como tal, sino que es, incluso, vivenciado como una oportunidad, siendo en algunos casos la capacidad nerviosa y mental mayor en ese periodo que en otro momento cualquiera (ídem).

76

Defiende que las condiciones de higiene, trabajo intelectual y actividad física de las escuelas de muchachas en Gran Bretaña son más beneficiosas para la salud corporal y mental de las jóvenes que la falta de motivación a que pueden verse abocadas por la reclusión y la vida monótona y superficial a que la sociedad las condena. «No existe ningún tónico farmacéutico que pueda compararse con la felicidad, y no se conoce algo que merezca el nombre de felicidad, cuando se pasan los días llenos de ocupaciones sin sentido y diversiones absurdas» (Garrett, 1874: 591). Además, señala que el acceso a los estudios superiores aportará otro beneficio a las jóvenes: el que accedan a la vida social con mayor madurez y eviten los matrimonios prematuros, que causan un daño real a la salud de la mujer. Durante la adolescencia, deberían tenerse en cuenta las necesidades físicas y psicológicas de ambos sexos, no únicamente las de las chicas.

En cuanto al esfuerzo que pueda suponer para las jóvenes acceder al mismo sistema de estudio que los chicos, la causa no reside en su fisiología, sino en que las mujeres que intentan incorporarse al mundo académico y profesional tienen que enfrentar dificultades que no existen para los varones:

Hasta aquí, la mayoría de las mujeres que han «competido con los hombres para obtener sus mismas ambiciones» no han tenido la posibilidad de fallar por hacerlo en igualdad de condiciones. Han gozado del beneficio de contar con unas dificultades extra, inexistentes para los hombres. Además de su supuesta inferioridad física y mental, han tenido que comenzar la carrera sin gran parte del entrenamiento de que los hombres han disfrutado, o bien, lo han conseguido por sus propios medios, en una atmósfera de hostilidad, que les ha supuesto mucha más fuerza y capacidad de resistencia que el trabajo intelectual más exigente» (ibídem: 589).

Trata finalmente Garrett de rebatir los peligros que según Clarke (en cuyo trabajo se basa el artículo de Maudsley) supone el estudio para las jóvenes, resaltando que los trastornos menstruales de las mujeres estadounidenses pueden deberse a la forma de vida, al uso del corsé y ropas excesivamente ajustadas, y al hecho de que, según Garrett, el carácter americano es más nervioso que el británico en ambos sexos. Destaca las características del sistema educativo inglés que, a su juicio, favorece más el desarrollo equilibrado de

las jóvenes que el norteamericano, al ofrecer un menor número de horas de estudio diarias, incluir actividades al aire libre, música y costura, y no permitir el acceso a la universidad hasta los dieciocho o diecinueve años. Por último, termina con una petición de apoyo a la educación de las mujeres. Salvando la consideración probablemente chauvinista de su comparación entre Inglaterra y Estados Unidos, es interesante resaltar su insistencia en que es la imposición de las formas de vida poco sanas, basadas en estereotipos sociales, lo que realmente enferma e incapacita a las mujeres, no el ejercicio del estudio y la vida profesional.

Alice Lee (1858-1939),<sup>33</sup> una de las primeras mujeres matemáticas y alumna de Karl Pearson (1857-1936)<sup>34</sup> en la Universidad de Londres, colaboró con este en la aplicación de métodos estadísticos para el estudio de la psicología y la biología. En 1901, como trabajo para su tesis doctoral realizó un estudio sobre la correlación entre tamaño del cráneo e inteligencia en tres grupos de personas: 35 hombres miembros de la Sociedad Anatómica de Dublín, 30 mujeres estudiantes del *Bedford College* y otros 35 hombres profesores de la Universidad de Londres, publicado en 1902 con el título «Datos para el problema de la evolución humana —un primer estudio de la correlación del cráneo humano» («Data for the problem of evolution in man— a first study of the correlation of the human skull»). Alice Lee concluía en su estudio que no se podían extraer correlaciones individuales entre tamaño del cráneo e inteligencia, por lo que las comparaciones raciales y sexuales no tenían significado alguno.<sup>35</sup> Cuestionaba así la validez de la craneología, por lo que recibió numerosas críticas por parte de algunos profesores. Pearson, por el contrario, publicó, también en 1902, otro estudio apoyando las conclusiones de Lee: «Sobre la correlación de la capacidad intelectual con el tamaño y forma de la cabeza» («On the correlation of intellectual ability with the size and shape of the head»). Estos trabajos contribuyeron, en los primeros años del siglo xx, al abandono de los fundamentos y práctica de la craneología (Russett, 1991: 164). En su lugar, se desarrollarían los test de habilidades mentales, que no dejarían de seguir teniendo la intención de clasificar a los seres humanos, para reforzar y racionalizar las divisiones sociales previamente existentes.

La posición de defensa de la diferencia sexual en el cerebro y la relación entre mente y órganos sexuales en la mujer tiene también como consecuencia la invención de enfermedades específicamente femeninas y la aplicación de terapias agresivas, para tratar supuestos trastornos mentales, que, en muchos casos, eran simplemente expresión del malestar de las mujeres debido a los roles de género asignados. También en el siglo xix existieron voces de médicas que rebatieron tal posición, entre otras, la Dra. Alice May Farnham

33. Graduada en Matemáticas por la Universidad de Londres en 1885 y doctora en 1901.

34. Matemático. Profesor de la Universidad de Londres, considerado el creador de la estadística matemática moderna.

35. Sin embargo, posteriormente Lee continuó apoyando las diferencias raciales, aunque no las basadas en el sexo.

## SEXO Y SALUD MENTAL. NEUROSEXISMO Y NEUROFEMINISMO

(1862-1944), del Hospital Psiquiátrico *Willard* de Nueva York, autora del artículo «Enfermedad Uterina como Factor desencadenante de Locura» («Uterine Disease as a Factor in the Production of Insanity»), publicado en *Alienist and Neurologist* en 1887, en el que rechaza la idea de que los trastornos mentales tengan su origen en trastornos ginecológicos (Theriot, 1993: 3). En 1886, la doctora Margaret Claves (1848-1917)<sup>36</sup> publicó una colección de ensayos titulados «La neurastenia y su relación con las enfermedades de las mujeres» («Neurasthenia and Its Relation to Diseases of Women»), en los que atribuía la neurastenia en las mujeres<sup>37</sup> a la dificultad de cumplir sus ambiciones dentro de las estructuras sociales del siglo XIX, sin haber podido gozar de los privilegios concedidos a los hombres (Showalter, 1985: 136).

78

Nancy Theriot (1993: 15) afirma que «tanto los hombres como las mujeres formularon conceptos sobre la enfermedad mental de las mujeres desde sus diferentes posiciones en las estructuras de poder médicas y de género, posiciones que limitaban su visión al tiempo que ayudaba a definir sus posiciones». La obsesión por la demostración científica de la diferencia sexual cerebral ha continuado hasta el presente, en lo que ha venido a denominarse neurosexismo, como «conjunto de posiciones, prácticas y teorías que, arropadas por la neurociencia, colaboran en la creación y promoción de juicios, ideas y creencias predeterminadas sobre los sexos a nivel cerebral y mental» (Serrano y Vallverdú, 2019: 12-13). Al neurosexismo se opone el abordaje de la neurología desde una epistemología feminista, por lo que podemos hablar de un neurofeminismo que tiene como fin «la superación de los prejuicios que, de manera obvia, continúan manteniéndose en la investigación sobre el dimorfismo sexual del cerebro, y que son asumidos como verdades objetivas y fijas» (ibidem: 14-15). Los sesgos de género, las invisibilizaciones y las miradas androcéntricas siguen aplicándose y es necesaria la perspectiva crítica feminista para «sacar a la luz falsedades manifiestas, invisibilizaciones y ocultaciones más o menos intencionadas, o directamente invenciones sobre la naturaleza, comportamiento, etc., de las mujeres» (García Dauder y López Sedeño, 2017: 9).

36. Graduada en Medicina por la Universidad de Iowa en 1873. Pionera en el uso de la electroterapia. Presidenta de la Sociedad Médica de Mujeres de Nueva York.

37. Enfermedad que sufrió ella misma, relatando su experiencia en el volumen *Autobiografía de una Neurasténica, contada por una de ellas y recogida por Margaret A. Claves, M.D. (Autobiography of a Neurasthene, as told by one of them and recorded by Margaret A. Claves, M.D., 1910).*

## CONCLUSIONES

Pese a la estructura patriarcal que favorecía la construcción de un discurso androcéntrico perpetuador de la visión misógina del cuerpo, la sexualidad y la salud de las mujeres, y la evidente posición de poder detentada por los varones en la universidad y otras instituciones de creación y difusión del conocimiento, diferentes mujeres lograron realizar contribuciones para la deconstrucción de dicho discurso. Las pioneras en incorporarse a los estudios y la práctica científico-médica demostraron con su propia experiencia la falta de fundamento de los argumentos en contra de la educación de las mujeres.

Y algunas, como las citadas en este trabajo, rebatieron en sus intervenciones y publicaciones los argumentos del discurso científico-médico masculino desde posiciones de saber científico y experiencia profesional, y, en ocasiones, con estudios estadísticos, ausentes en las obras que cuestionaban.

## BIBLIOGRAFÍA

- BRACKETT, Anna C. (ed.) (1874). *The Education of American Girls Considered in a Series of Essays*. Nueva York: Putnam & Sons.
- BITTEL, Carla (2012). *Mary Putnam Jacobi and the Politics of Medicine in Nineteenth-century America*. Carolina del Norte: The University of North Carolina Press.
- CALVO, Yadira (2016). *La aritmética del patriarcado*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- DALLY, Ann (1991). *Women under the knife. A History of Surgery*. Londres: Hutchinson Radius.
- EHRENREICH, Barbara y ENGLISH, Deirdre (2010) [1978]. *Por su propio bien*. Madrid: Capitán Swing.
- FLECHA GARCÍA, Consuelo (1999). «La educación de la mujer según las primeras doctoras en medicina de la universidad española, año 1882». *Dynamis* (19), 241-278.
- GARCÍA DAUDER, Silvia y PÉREZ SEDEÑO, Eulalia (2017). *Las «mentiras» científicas sobre las mujeres*. Madrid: La Catarata.
- GARRETT, Elizabeth (1874). «Sex in Mind and Education: a reply». *The Fortnightly Review* (15), 582-594.
- GRONEMAN, Carol (1994). «Nymphomania: The Historical Construction of Female Sexuality». *Signs* (19/2), 337-367.
- HAMILTON, Gail (1868). *Woman's wrongs. A counter irritant*. Boston: Ticker and Fields.
- IGLESIAS, Pilar (2012). *Mujer y Salud: Las Escuelas de Medicina de Mujeres*. Editorial Académica Española.
- (2018). «Cuatro pioneras de la medicina moderna. Elizabeth Garret, Sophia Jex-Blake, Mary Scharlieb y Mary Putnm Jacobi». En Yolanda Romano Martín, Sara Velázquez García y Mattia Bianchi (coords). *La Mujer en la Historia de la Universidad: Retos, Compromisos y Logros*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 103-115.
- KELLER, Evelyn Fox (1985). *Reflections on Gender and Science*. Londres: Yale University Press.
- LAGARDE, Marcela (1990). *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM.

- LUJÁN BARGAS, María (2010). «Cuando la ciencia no es tan objetiva ni neutral. Sesgos de género en teorías sobre diferencias entre los sexos». *El psicoanalítico. Laberintos, entrecruzamientos y magmas*. Disponible en: <http://www.elpsicoanalitico.com.ar/num3/sociedad-lujan-bargas-ciencia-genero-sexos.php>
- MORANTZ-SANCHEZ, Regina M. (2013). «Mary Dixon Jones: woman surgeon in a man's world». *The Lancet* (382/28), 1088-1089.
- (1985). *Sympathy & Science. Women Physicians in American Medicine*. Nueva York: Oxford University Press.
- MOSCUCCI, Ornella (1990). *The Science of Woman. Gynaecology and Gender in England 1800-1929*. Cambridge: CUP.
- ORTIZ, Teresa (1997). «El discurso médico sobre las mujeres en la España del primer tercio del siglo veinte». *Cuadernos de temas grupales e institucionales* (4), 1-15.
- POOVEY, Mary (1998). *Uneven development. The Ideological Work of Gender in Mid-Victorian England*. Chicago: University of Chicago Press.
- PUTNAM JACOBI, Mary (1878). *The question of rest for women during menstruation. The Boylston Prize Essay of Harvard University for 1876*. Nueva York: Putnam's Sons.
- RUSSETT, Cynthia Eagle (1995) [1989]. *Sexual science. The Victorian Construction of Womanhood*. Cambridge: Harvard University Press. (4.ª edic. 1995).
- SÁNCHEZ, Dolores (2008). «El discurso médico, piedra angular de la construcción de las relaciones de género en la época contemporánea». *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia* (LX: 1), 63-82.
- (2003). «El discurso médico de finales del siglo XIX en España y la construcción de género». [Tesis doctoral]. Universidad de Granada.
- SCHIEBINGER, Londa (2004) [1989]. *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*. Valencia: Cátedra.
- SERRANO BUIZA, Desirée y VALLVERDÚ, Jordi (2019). *El sexo del cerebro en disputa: Críticas al neurosexismo desde una perspectiva neurofeminista* [Trabajo Fin de Grado]. Universidad Autónoma de Barcelona. Disponible en: <https://ddd.uab.cat/record/211532>
- SHOWALTER, Elaine (1985). *The Female Malady: Women, Madness and Culture. 1830- 1980*. Nueva York: Virago.
- SMITH-ROSENBER, Carroll y ROSENBER, Charles (1973). «The Female Animal: Medical and Biological Views of Woman and Her Role in Nineteenth Century America». *The Journal of American History* (60/2), 332-356.
- THERIOT, Nancy M. (1993). «Women's Voices in Nineteenth-Century Medical Discourse: A Step toward Deconstructing Science». *Signs* (19/1), 1-31.
- TUANA, Nancy (1993). *The Less Noble Sex. Scientific, Religious and Philosophical Conceptions of Woman's Nature*. Indianópolis: Indiana University Press.